

Y al día siguiente confesaron su grave pecado, siendo a partir de entonces cristianos fervorosos.

**CONVERSION DE SANCHA CARRILLO:** Pero el más estupendo milagro alcanzado por este virtuoso confesor fue el de la conversión de doña Sancha Carrillo, bellísima joven de diez y ocho años, de noble familia ecijana.

Un mundo pletórico de alegría y bienandanzas se ofrecía a su magnífica juventud. Nombrada dama de honor de la emperatriz Isabel de Portugal, que había casado con nuestro Carlos I y V, se prometía una grata vida cortesana y quizá un ventajoso matrimonio, bien merecido por su belleza física y la alcurnia de su abolengo aristocrático. Pero en la vida de Sancha predominaba la peligrosa vanidad de la juventud: galas lujosas, ricas alhajas, vestidos suntuosos; boato, esplendor y magnificencia; demasiada atención a livianas esperanzas de triunfo en la Corte, con el consiguiente olvido de las prácticas religiosas. Hasta que don Pedro, ejemplar sacerdote hermano de doña Sancha, consiguió no sin tesón y terquedad constantes, que fuera a confesarse con el P. Avila, que por entonces predicaba en Ecija.

Señalado el día, salió doña Sancha de su casa acompañada de criados, adornada con tan ricos aderezos y atavíos «que más parecía que iba de bodas, que no a humillarse ante el confesor», como nos dice su biógrafo, el P. Martín de Roa.

Y después de oír a la penitente, consta que Juan de Avila le habló de esta manera:

—**«Mucho me lastima ver tan malogradas las buenas prendas que Nuestro Señor puso en vuestra merced... No crea en su hermosura, no al brío de su juventud: flores son y caen con el día, o el tiempo las destruye, o las marchita la enfermedad... Pasará la primavera de los años verdes y vendrá el otoño de la vejez: se caerán las hojas a las rosas y aparecerán las espinas; fallecerá el jugo de la primera edad y veráse arada la frente con las arrugas de la postrera. La vida dudoso bien es y fugitivo: rocío que en breve se seca... Sepa también, señora, que las vestiduras profanas más son asechanzas del alma que galas del cuerpo...»**

Y cuentan que, oídas estas y otras frases por la galana doncella, se levantó tocada de la gracia

de la santidad: retirase en aislado aposento, vistoso sayal, dedícase por entero a la meditación y lleva vida tan austera y morigerada que causa asombro general en parientes y conocidos. La virgen ecijana morirá como santa. Y su padre espiritual, que escribió para ella el mejor de sus libros, la acompañará hasta la hora de la muerte.

## EL ESCRITOR

—¡Mi tesoro, este es mi tesoro!

Y doña Sancha Carrillo, la aristocrática joven de frivolidad cortesana a quien el Venerable convirtió con su consejo, apretaba contra su casto pecho aquel librito —el «Audi, filia, et vide...»—, consuelo en sus horas febriles, freno contra la tentación, remedio para el propósito virginal y arsenal de ortodoxa doctrina.

Efectivamente, el «Audi, filia» que escribió Juan de Avila para su discípula predilecta, es un verdadero tesoro espiritual: **«Audi, filia, et vide...»: «Oye, hija, y mira, e inclina tus oídos, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura...»**. En esta obra se condensa el programa ascético de Juan de Avila.

Sus «Cartas» dirigidas particularmente a los sacerdotes, son modelo del género epistolar y han sido conceptuadas —junto con las de Santa Teresa— como las mejores que poseemos en lengua castellana. Y si bien es cierto que en algunas de ellas se aprecia insignificante desaliño, nacido de la presteza con que en general las escribía, no es menos exacto que, en su conjunto, le han hecho acreedor al título de «fundador de la literatura mística y ascética española». A una de ellas, la dirigida al Asistente de Sevilla, pertenecen algunos párrafos que, a manera de ejemplo, no resistimos la tentación de transcribir:

**«No es pequeño negocio ser uno persona pública, si lo ha de ser de verdad y henchir con las obras lo mucho que pide este nombre. Corazón real y divino ha de tener y no particular y encorvado hacia sí mismo. Profesión es de hacer bien a muchos, aun con pérdida propia...»**. Y más adelante, refiriéndose a este sacrificio que debe ser norma en todo buen gobernante, añade: **«Desnudo fue puesto el Hijo de Dios en la cruz, cuando ejerció oficio público, ofreciéndose en ella por el bien del género humano: y el oficio público, cruz es...»**.